



Dignificar la política: ¿tarea de la izquierda?

La Jornada - 4 de junio de 2017

El triunfo de Macron removi6 el da1ado subsuelo de la pol6tica mexicana, poblado de las peque1as ambiciones de quienes buscan sin descanso la v6a r6pida, su fast track al olimpo de un poder que no ha dejado de temblar. Y que este domingo muy probablemente haga que la tierra se conmueva con una estruendosa derrota priista en tierras de don Isidro.

Del triunfo del franc6s maravilla sin mayor tr6mite pasamos a la neurosis galopante de Trump que, por si faltara, nos record6 en Taormina que el mundo s6 est6 en peligro y no s6lo por su trumpanomics sino por su voluptuosidad majadera, enemiga de todo trato civilizado o racional. 6ste, el que trazan los europeos y desdibuja el habitante de la Casa Blanca todos los d6as, es nuestro panorama y donde habremos de encarar a los centuriones trumpianos para renegociar o reinventar el Tratado de Libre Comercio de Am6rica del Norte.

La terra trema dec6a Visconti y aqu6, por doquier, tiemblan las capacidades y los convenios constituidos como tambi6n lo hacen los poderes de hecho, los viejos y los reci6n llegados, todos ellos mal educados en los criterios y restricciones de la democracia. Quiz6 sea por esta mala educaci6n que sus personeros conspiren sin recato, de la peor y majadera manera sin asumir las implicaciones inmediatas, mediatas e indirectas, de sus pactos bajo la mesa y sus mil y un cochupos.

So pretexto de que el enemigo malo viene cual ave F6nix, ahora vestido de ind6mito populista justiciero, los negociantes de toda laya se aprestan a montar la peor de las andanadas medi6ticas que el pa6s haya vivido en 6pocas preelectorales. Pienso que es ah6, en ese imaginario lleno de telara1as sobre las "amenazas para M6xico", donde



anida la serpiente y se gesta la amenaza de mandarnos por un buen rato al mítico “estado de naturaleza” donde todo se vale salvo reclamar orden y buen trato.

La izquierda realmente existente ha vivido con intensidad esta circunstancia. Varias veces a punto de llegar al poder presidencial por la vía electoral y varias veces también impedida de hacerlo por las triquiñuelas de los poderes coaligados en torno a “la estabilidad” como virtud teologal de la república, tiene otra gran oportunidad y un enorme desafío. La ocasión se abre gracias a la profunda crisis en que se debaten los partidos de la coalición que ha gobernado en los hechos desde 1988 y el desafío se condensa en el reclamo popular acumulado de los excluidos; también por los que sin serlo sienten que el derecho a ascender en la pirámide social ha sido conculcado por la querencia oligárquica que se impuso en los mecanismos centrales del ejercicio del poder y la distribución de los frutos del esfuerzo social.

Responder a este reclamo y estar a la altura de tal oportunidad le impone a la izquierda un intenso y tenso ejercicio de responsabilidad. En primer término, no con el “sistema” pero sí con el orden democrático que hay que construir para dar cabida a tanta demanda de participación pospuesta e insatisfecha. No hay manera de hacerlo sin un buen esquema de representación política que implica la necesidad de organizaciones más o menos permanentes y comprometidas explícitamente con el encauzamiento de la queja sobre la falta de representatividad del sistema en su conjunto. Es decir, un compromiso expreso y creíble con un orden político que para ser democrático tiene que dar entrada a las más diversas expresiones políticas e ideológicas, a condición de que todas se comprometan con la hipótesis democrático-representativa que debe articular todo proyecto de reforma estatal.

El desafío radica en el tema crucial del programa que supone proponer, sin recovecos ni costura “invisibles”, un orden de prioridades que desde luego pasa por la política económica y la social pero obligadamente afecta la vida pública y la organización estatal. Prometer no empobrece solían decirnos, pero hemos aprendido que enrarece el entendimiento del intercambio político hasta desnaturalizarlo y llevarlo a versiones bárbaras como las que hemos presenciado en estas semanas de campaña electoral, en especial en el Estado de México. Ahí, como a su manera seguramente lo hicieron los “layines” de Nayarit, Coahuila o Veracruz, hubimos de acercarnos a los más execrables excesos del trafique de bienes públicos y los usos de la pobreza económica y ciudadana.



Lo que hemos vivido es un empobrecimiento descarnado del verbo y el seso, del que sólo puede rescatarnos una política popular auténtica cuyos postulantes no teman reconocer el mar de carencias en que nos ahogamos y que, a la vez, se muestren dispuestos a asumir la enorme y difícil tarea de dignificar la política. El inventario de nuestras gigantescas fallas geológicas en materia de bienestar y seguridad está ante nuestros ojos. Como lo está o debería estar la exigencia de una política para la igualdad que no rompa los tejidos productivos y sociales que han podido mantenerse o que, a pesar de los pesares, han surgido del cambio estructural globalizador que hasta aquí nos trajo.

Resulta un tanto pueril hacer de este domingo el día “D” de nuestra democracia. Pero sería insensato no leer el ominoso mensaje que las campañas electorales nos han legado. Eso no lo van a poder borrar las brigadas de limpia del día después.